

## **Génesis y desarrollo del liderazgo político de Antonio Maceo en la Guerra Grande**

### ***Genesis and development of Antonio Maceo's leadership during the Great War***

**Dr. Manuel Fernández-Carcassés**

*mfernandez@uo.edu.cu*

**MSc. Zoila Rodríguez-Gobea**

*zoilarg@uo.edu.cu*

**Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, Cuba**

#### **Resumen**

El presente trabajo analiza el proceso de formación del liderazgo político de Antonio Maceo en la Guerra Grande, que se inició desde antes del 10 de octubre de 1868, cuando encabezó un grupo conspirativo en Majaguabo que luego sería la Sección de Majaguabo dentro de la División Cuba del Ejército Libertador. Se demuestra que en los cuatro primeros años hay poca actividad política de Maceo, sin embargo su presencia en hechos trascendentales de la Revolución le permiten asimilar las experiencias que, después, servirán de base a la conformación de un pensamiento político y el desempeño de un liderazgo desde las posiciones más radicales del mambisado. La Protesta de Baraguá constituye entonces el punto más alto de ese pensamiento y de su liderazgo político.

**Palabras clave:** Maceo, liderazgo político.

#### **Abstract**

This paper analyzes the process of Antonio Maceo's political leadership formation in the Great War, which began before October 10, 1868, when he led a conspiracy group in Majaguabo that would later become the Majaguabo Section within the Cuba Division of the Liberator Army. It is shown that in the first four years there is little political activity of Maceo, however his presence in transcendental events of the Revolution allow him to assimilate the experiences that, later, will serve as the basis for the conformation of a political thought and the performance of a leadership from the most radical positions of the mambisado. The Baraguá Protest is then the highest point of that thought and its political leadership.

**Keywords:** Maceo, political leadership.

### **Introducción**

El 12 de octubre de 1868 —señalan algunas biografías— aconteció la incorporación de Antonio Maceo al Ejército Libertador. Este hecho coronaba los esfuerzos y preparativos anteriores al 10 de octubre en la zona de Majaguabo, dirigidos por el joven Maceo. Se trataba de un grupo de hombres que desde septiembre de 1868, habían fundado una Junta Popular conspirativa, que al parecer —no existen pruebas concluyentes— estaba en relaciones con la conspiración que condujo al estallido del 10 de Octubre de 1868.

Esta Junta Popular fue el antecedente de lo que sería, después de incorporarse al Ejército Libertador, la famosa “Sección de Majaguabo” que partió con Antonio Maceo al frente. Muestra evidente del temprano liderazgo que emergía de la figura de Maceo. Y una demostración evidente de que el amplio segmento poblacional de los negros y mulatos libres de Oriente estuvo, desde los inicios del proceso conspirativo, vinculado al mismo y, en modo alguno, retraído o en espera pasiva de que los terratenientes blancos, tomando la iniciativa, dieran la arrancada. Los negros y mulatos libres tenían un acendrado sentimiento de identidad —cultural y nacional— y, en consecuencia, desarrollaron una actividad independentista, antes y después del 10 de octubre de 1868, a la par de la que realizaban otros sectores de la sociedad cubana, en especial la del Oriente. Es más, incluso, habían estado al habla hasta con esclavos para incorporarlos a la guerra que se sabía cercana.

Lo cierto es que, sea como simple soldado u ostentando ya algún grado como jefe de la Sección de Majaguabo, Maceo es de los primeros en secundar el movimiento iniciado por Carlos Manuel de Céspedes. No pertenecía a una familia de fortuna considerable, ni era blanco, ni tenía estudios superiores. Por tanto, no estuvo desde los inicios en puestos relevantes, como otros que por cumplir los requisitos anteriores —que, por cierto, poco tienen que ver con una real capacidad para el liderazgo militar— amanecieron en esta guerra con las más altas investiduras. Pero ese día en que se incorporó a las filas libertadoras, se sintió feliz.

Tuvo, además, la suerte de estrenarse con jefes ejemplares, que supieron hacer eclosionar lo que había en Maceo de talento prometedor. Las circunstancias de la guerra lo pusieron, muy pronto, a las órdenes de Donato Mármol, egregio general bayamés,

que lo dirigió el 8 de enero de 1869 en el combate de Saladillo, en defensa de Bayamo, la primera capital de la Revolución. Aunque esta acción fue una derrota de las armas nacionales, la valentía derrochada por Maceo le hace merecedor del grado de comandante, que se le otorga con fecha 16 de enero. Ya había accedido al grado de sargento, según la mayoría de las fuentes, el mismo día de su incorporación (supuestamente el 12 de octubre) como premio a su arrojo en el combate de Ti Arriba a las órdenes del capitán Rondón; a teniente, el 20 de octubre de 1868; y a capitán abanderado, el 12 de noviembre del propio año.

Muy rápidamente, y sin duda bajo la inicial tutoría de su padre —viejo militar de los Batallones de Pardos y Morenos de Santiago de Cuba— Maceo comenzó a forjarse una aureola de brillante guerrero. Es que desde los primeros momentos entendió que la táctica mambisa debía basarse no en lo prescrito en los manuales de las academias militares —aunque, como es conocido, quiso conocer también, y conoció, las doctrinas militares en boga en su tiempo—, sino en la creatividad que le es inherente a la forma de lucha irregular, en la que se aprovechan al máximo las posibilidades del terreno, la sorpresa del enemigo ante lo inesperado o lo aparentemente absurdo, las fintas, las capacidades individuales de cada soldado, el aparecer y desaparecer en un instante, el comportamiento del estado del tiempo en cada día y, muy importante, las exigencias políticas del momento.

Es decir, Maceo aprendió muy temprano la forma de guerrear que más daño hacía a los españoles, que le arrebatava las armas de las que carecíamos y que procuraba causar el mayor impacto con el menor número de bajas posible y con máxima economía de recursos bélicos, siempre escasos en el Ejército Libertador.

Después de su victoria sobre los cubanos en El Salado, Valmaseda se propone acabar con la Revolución, y desarrolla una persecución sin tregua a los mambises, acompañada de asesinatos, en las ciudades y los campos, a los sospechosos de contribuir con los mambises. Contra estas y otras muchas barbaridades tuvo que enfrentarse el ejército mambí. Pero también, hacia el interior de las filas revolucionarias bien temprano surgían otras divisiones. En el propio mes de enero de 1869, Maceo, como subordinado de Donato Mármol, presencia la autoproclama de su jefe como Jefe Supremo de Oriente, desconociendo la autoridad de Céspedes (hecho ocurrido en Giro, punto

cercano a Santiago de Cuba) y participa en la marcha que desde allí emprende con rumbo al norte de Oriente, quemando a su paso cañaverales, ingenios, haciendas.

Debe señalarse que esta acción de Mármol —de facto convertido en dictador— provocó una grave división en las filas de la naciente revolución, felizmente superada en Tacajó, lugar donde —bajo los auspicios de Francisco Vicente Aguilera— celebraron una junta (8 de febrero de 1869) los principales jefes de la insurrección en Oriente y Camagüey, con Céspedes y Mármol a la cabeza, en la que unos y otros cedieron gran parte de las prerrogativas y facultades que se habían auto-otorgado (Mourlot, 2013, s/p). Esta Junta de Tacajó salvó, quien sabe, a la guerra de una muerte prematura, y fue la antesala de la Asamblea Constituyente de Guáimaro (Gómez, 1968, p. 7), celebrada los días 10 y 11 de abril, que dejó definitivamente institucionalizada la Revolución, pero que, temerosa de que nuevos brotes de autoritarismo ensombrecieran el panorama de la insurrección, hizo nacer una República en Armas demasiado “democrática”, cuyas estructuras, en especial la Cámara de Representantes —máximo órgano del poder revolucionario— no fueron realmente útiles en las condiciones de una guerra despiadada. Antes bien, fueron rémoras, cadenas que maniataron las operaciones militares y que, sin embargo, en los momentos claves del proceso, cuando peligraba su propia continuidad —dígase el Zanjón— no supo, no quiso o no pudo, imponer su autoridad para salvarlo.

Maceo ha observado todo el proceso que condujo a la entrevista de Tacajó, pero si bien como oficial subalterno no ha tenido participación directa, pudo confirmar a la vista de estos hechos su convicción de la necesidad del imperio de la disciplina en la guerra, el respeto por las instituciones de la Revolución y el rechazo más decidido a todo cuando dividía a los revolucionarios. En esos principios educará a sus tropas.

Pero, a decir verdad, estos primeros tiempos en la vida mambisa de Maceo son, por así decirlo, puramente bélicos. Combate mucho, y combate bien, de ahí la aureola de arrojo que enseguida, y con mucha razón, resplandece sobre él a la vista de sus compañeros, y mucho más allá. Hay muy poca, casi nula, intervención suya en los agudos temas políticos en los que se debatía la Revolución. Está observando cuidadosamente cuanto le rodea, que no solo son las situaciones militares concretas de cada acción guerrera —aunque es en este rubro en el que, por ahora, más se destaca— sino también la

condición humana de los que las ejecutan, los manejos ocultos detrás de las decisiones, las virtudes y los defectos de los hombres de la manigua y los peligros que acechan con más saña que la emboscada española, porque provienen de la misma trinchera desde la que se combate. En unas palabras, podemos decir que está adquiriendo las experiencias que, a poco, lo proyectarán como un líder político, como un pensador, sin dejar de ser excelente guerrero. Pronto llegará ese momento.

Hasta ahora sabemos que, aunque evitó comentarios sobre cuestiones políticas —o, al menos, no han llegado hasta nosotros— siempre supo actuar en la guerra de forma que no quedara la menor duda sobre la limpieza de su ejecutoria, alejada de conspiraciones de grupos, libre de prejuicios de cualquier tipo, siempre a favor de la unidad.

En lo tocante a lo social, desde los primeros momentos Maceo practica la liberación de las dotaciones de esclavos que encuentra en su trayecto, muchos de los cuales se incorporan de inmediato a las fuerzas mambisas. La emancipación de los esclavos será, hasta el final de la guerra, objetivo de tanta trascendencia para Maceo como la propia independencia nacional.

Su estatura política comienza a crecer en la misma medida en que en el campo revolucionario se acentúan las divisiones. Podemos considerar que su entrada en los debates políticos de la Guerra Grande tiene lugar en abril del 75, a raíz de la llamada sedición de Lagunas de Varona, protagonizada por el mayor general Vicente García, con el apoyo de no pocos jefes, entre ellos partidarios y familiares del depuesto y caído en combate presidente Carlos Manuel de Céspedes.

Los conjurados en Lagunas de Varona exigían la destitución del Presidente Salvador Cisneros Betancourt, el establecimiento de un gobierno provisional, y una reforma en la Constitución aprobada en Guáimaro, que diera lugar a un gobierno de la República en Armas que funcionara a partir de un parlamento bicameral. Se dice que, en secreto, algunos de los facciosos pensaron en la posibilidad de asesinar al presidente Cisneros Betancourt.

Ante la negativa de los sediciosos de entrevistarse con el presidente Cisneros —que había prolongado en exceso su interinatura, actuaba con arbitrariedad y a quien no reconocían autoridad alguna—, y debido a la ineficacia de la Cámara de Representantes para resolver tan grave problema, para entenderse con Vicente fue mandado a buscar el

general Máximo Gómez, que peleaba en Las Villas, de manera que aquella región, vanguardia de la proyectada y necesaria invasión a Occidente, quedaba sin jefe. Finalmente, en virtud de la intervención de Gómez, los sediciosos logran que Cisneros renuncie —Juan Bautista Spotorno asume interinamente la presidencia el 29 de junio de 1875— y que se acuerde convocar en breve plazo a elecciones para la Cámara de Representantes.

El 18 de junio Maceo había sostenido en su campamento de Alcalá una reunión con sus principales jefes, en la cual se desaprobaba el método de la sedición como vía para expresar criterios contrarios a los de la dirección de la Revolución, aunque reconoce que eran justas sus exigencias. Así consta en el acta que se firma por los asistentes a la reunión de Alcalá:

Con exacto conocimiento de los acontecimientos políticos que últimamente han tenido lugar en el punto denominado “Laguna de Varona”, (Tunas) con el objetivo de armonizar los intereses de la República: están de acuerdo con los principios proclamados por aquella agrupación de patriotas, aunque no con la forma que han adoptado para ponerla en ejercicio (Marrero, 1992, p. 394)

El prestigio militar ya ganado por Maceo ha crecido notablemente después de su estreno como político. En sentido inverso, sus criterios políticos tienen la fuerza adicional del que sabe poner el pecho a las balas enemigas, del que da el ejemplo desde la extrema vanguardia. Por lo mismo, ya muchos comienzan a sentir envidia, otros sienten que el ascenso meritorio del líder oriental es incompatible con sus concepciones racistas y no pocos son corroídos por sentimientos regionalistas. Eso explica que ganen fuerzas las calumnias contra Maceo. Por ejemplo, algunos comenzaron a divulgar la falacia de que los negros, en los campamentos mandados por el Titán, gozaban de privilegios sobre los blancos. Una carta del general Antonio al presidente de la República de Cuba, —que desde marzo de ese año lo era Tomás Estrada Palma— es prueba de que era visible la propaganda divisionista dentro de las filas del mambisado. A la vez, este documento revela las alturas de miras de Maceo en relación a las razas, muy por encima de las bajezas que en su contra se alebrestaban:

(...) de mucho tiempo atrás, si se quiere, ha venido tolerando especies y conversaciones, que verdaderamente condenaba al desprecio porque las creía procedentes del enemigo, quien, como es notorio, esgrime y ha usado toda clase de armas para desunirnos y ver si así puede vencernos; pero más tarde, viendo

que la cuestión *clase* tomaba creces y se le daba otra forma, trató de escudriñar de dónde procedía y convencido al fin no era del enemigo, sino, doloroso es decirlo, de individuos hermanos nuestros, que olvidándose de los principios republicanos que debían observar, se ocupan más bien con servir mirar políticas particulares (...) el exponente, Ciudadano Presidente, supo hace algún tiempo, por personas de buena reputación y prestigio, que existía un pequeño círculo que propalaba había manifestado al Gobierno “no querer servir bajo las órdenes del que habla, por pertenecer a la clase” y más tarde por distinto conducto ha sabido que han agregado “no querer servir por serles contrario y poner miras en sobreponer los hombres de color a los hombres blancos” protesta enérgicamente con todas sus fuerzas para que ni ahora, ni en ningún tiempo, se le considere partidario de ese sistema, ni menos que se le tenga como autor de doctrina tan funesta, máxime cuando forma parte, y no despreciable, de esta República democrática que ha sentado como base principal, la libertad, la igualdad y la fraternidad y que no reconoce jerarquías (Scehi, 1998, t.1, p. 53)

Esta carta, aunque nunca llegó a su destinatario (el Dr. Félix Figueredo, amigo personal de Maceo, la retuvo) es muestra de la madurez de Maceo y de su convencimiento de que la salvación de la Revolución y del futuro de Cuba estaba unida a la necesidad de eliminar todo cuanto dividiera a los cubanos, en este caso el racismo. Con ese convencimiento, en 1875 —según narró Pablo Díaz de Villegas— había acusado al coronel Guillermo Mocada “ante el entonces presidente de la República de Cuba en Armas, Juan Bautista Spotorno, y del secretario de relaciones exteriores, Tomás Estrada Palma, de promover una conspiración contra los oficiales blancos de su división” (Sosa, 2017, p. 32)

Como siempre, los ataques de que era blanco —desgraciadamente procedentes en gran medida de las propias filas— no conseguían disminuir su accionar guerrero. Pero al mismo tiempo que se libraban combates victoriosos por Maceo y sus aguerridos hombres, tenía lugar en Santa Rita (Camagüey) una nueva sedición encabezada por el general Vicente García. Resulta que, en octubre de 1876, Máximo Gómez había sido obligado a renunciar a la jefatura de Las Villas, dada la indisciplina, anarquía y regionalismo reinantes entre las tropas del centro de la Isla. Para sustituirlo (había entregado el mando interinamente al general Carlos Roloff) el presidente Tomás Estrada Palma designa a Vicente García, quien inicialmente aparentó aceptar el cargo, pero enseguida se insubordinó, desconoció una vez más la legitimidad de los poderes civiles de la Revolución y presentó un programa contentivo de sus exigencias.

A la vez, invitó a los jefes de mayor relevancia, entre ellos a Maceo, a unírsele en esta nueva sedición. Como era de esperar, el Titán recibió con mucha indignación a los

emisarios de Vicente, portadores de la carta donde el León de las Tunas le solicitaba unírsele en el movimiento sedicioso, ya que “unidos podríamos hacer mucho en pro de la patria, objeto de nuestros esfuerzos” (Franco, 1973, t. 1, p. 110) Igualmente, prohibió a los comisionados de Vicente a incursionar en los territorios de su División, la que debían abandonar en el plazo de 24 horas. Por incumplir esta orden, Maceo tuvo que perseguirlos y encarcelarlos.

La digna respuesta del Titán de Bronce no se hizo esperar. Con fecha 5 de julio, apenas dos días después de haber recibido la carta de Vicente proponiéndole vincularse a la sedición de Santa Rita, Maceo le dice:

(...) Usted se equivoca al decir que todo el pueblo de Cuba estuvo de acuerdo cuando el movimiento de Las Lagunas de Varona, pues estoy persuadido que era la minoría la que pedía reformas progresistas, y conste que estuve de acuerdo con algunos de ellos, pero nunca apelaré a la rebelión y el desorden para hacer uso de mi derecho. No es por cierto el mejor camino el que usted ha tomado para unir a los patriotas, porque si existen disensiones entre estos, no son tales que haya sido necesario apelar a tan reprobables medios como son de que se vale usted para reclamo de los suyos (...). Al mismo tiempo, indignación, desprecio, me produce su invitación al desorden y desobediencia a mis superiores, rogándole se abstenga en lo sucesivo de proponerme asuntos tan degradantes, que solo son propios de hombres que no comprenden los intereses patrios y personales. Al hacerme dicha manifestación, debió tener presente que antes que todo soy militar. Para mí nada implica la amenaza que hace a este Distrito, porque siempre apoyaré al Gobierno legítimo y no estaré donde no pueda existir orden ni disciplina, porque vivir de esa manera sería llevar la vida del bandolerismo (Scehi, 1998, t.1, p. 66)

Estas palabras son ejemplo de la disciplina de Maceo, su lealtad a los principios, su desvelo por la unidad de las filas revolucionarias y la verticalidad de su posición, siempre opuesta a los divisionismos tan perjudiciales y las no menos dañinas sediciones.

Pero lo cierto es que la sedición de Santa Rita fue el tiro de gracia a la idea de la invasión a occidente en la Guerra de los Diez Años, y contribuyó a acentuar la crisis de autoridad, unidad y disciplina que ya a estas alturas corrompía al Ejército Libertador y a la Revolución del 68.

En los territorios bajo su mando, en Oriente, también aparecen ya conatos de indisciplinas. El 8 de julio de 1877 escribe Maceo a Máximo Gómez, dándole cuenta de lo hecho por él a fin de extirpar el mal, y le agrega: “Debo advertir a Vd. que también



voy al Cuartel de Vidal [Arcadio Leyte Vidal] a someter a varios que se encuentran sustraídos de la obediencia de aquel Jefe, y que son mandados por Limbano Sánchez, Ángel Guerra, Balón y Jesús Rodríguez” (Scehi, 1998, t.1, p. 69)

Hacer entrar en razones a Limbano no fue tarea fácil. Maceo y el general Máximo Gómez —que a la sazón incursionaban juntos las comarcas orientales— el día 24 de julio de ese año se personan en el campamento del jefe mambí, y en su presencia, pues no era Maceo hombre de deslizar comentarios por las espaldas, el Titán se dirige a Gómez y le pide que no confíe en Limbano, pues no es hombre de fiar. Cuentan que Limbano, con su amenazante revólver en mano, apuntó al pecho desnudo de Antonio. Pero el Titán no se amilanó: “¡Dispara!”, le increpó, y sacó su machete afilado. Se oyó un grito de ¡Viva Cuba libre!, salido de la garganta de un patriota allí presente. “Y, como por arte de encantamiento, todos recuperaron la razón perdida, las armas volvieron a sus sitios y las dos “fuerzas” tomaron rumbos distintos” (Scehi, 1998, t.1, p. 116)

Así, al riesgo de su propia vida, era capaz el general Antonio de defender el principio de disciplina en el Ejército Libertador. De campamento en campamento, a la vez que circulaba la anécdota, crecía el prestigio de Maceo.

El 6 de agosto Maceo, en combate con una columna en Mangos de Mejía, es herido por ocho balas enemigas. Fueron de tal gravedad estas heridas, que el Generalísimo Máximo Gómez, al marchar, se despide de María Cabrales como quien ha perdido al amigo y al compañero de armas: ya no se contaba con su vida.

Enterado el mando español, por la mulata Eduarda y el maestro Santos —apresados por los españoles—, del estado en que se encontraba Maceo en la zona de Bío, despacha fuerzas para que lo apresaran o, llegado el caso, lo mataran. Los hombres de Maceo, y su esposa, lo defendieron con fiereza, y él, todavía con los vendajes húmedos de sangre, pedía que siempre a su lado estuviera su caballo. De manera que cuando el cerco hispano se cerró sobre el grupo, el herido se incorpora, y de un salto monta en su hermoso corcel *Guajamón* y se pierde, alejándose de los perseguidores.

El propio Martínez Campos quedó impresionado por la audacia de Maceo, tanto que escribe a Madrid en estos términos que revelan un implícito reconocimiento a sus virtudes:

Creí habérmelas con un mulato estúpido, con un rudo arriero; pero me lo encuentro transformado no sólo en un verdadero general capaz de dirigir sus movimientos con tino y precisión, sino en un atleta que, en momentos de hallarse moribundo en una camilla, es asaltado por mis tropas y abandonando su lecho se apodera de su caballo, poniéndose fuera del alcance de los que le perseguían (Franco, 1973, t. 1, p. 116)

Queda claro, hasta el enemigo tiene que admirar la grandeza de este hombre.

El año 1878 abre para Maceo con su ascenso a mayor general del Ejército Libertador. Alcanzaba así, en virtud de sus elevados méritos, el grado máximo en la escala militar, al que accedió peldaño tras peldaño, a diferencia de otros de cuna noble que se iniciaron en la insurrección con los galones más encumbrados, sin tener, en muchos casos, la más mínima idea de lo que era un combate.

Con Maceo ascendían a las cumbres del Ejército Libertador los sectores más pobres de la sociedad cubana, de los que él era el representante más legítimo. La Revolución se ha venido radicalizando, y Maceo está encarnando, sin duda alguna, las posiciones más revolucionarias.

En los primeros meses de este año 1878 obtiene sonadas victorias, entre las que destacan las de Juan Mulato y San Ulpiano Pero por esos mismos días, en momentos en que libraba estos heroicos combates, y su hermano José hacía otro tanto cuando barría a los españoles en Tibisí, en el Camagüey se firmaba el Pacto del Zanjón. El historiador Jorge Ibarra Cuesta, en magnífico estudio, ha demostrado que, además del desgaste de las instituciones civiles de la República por su abulia ante los graves problemas de división en las filas y la terrible enfermedad de regionalismo e indisciplina de no pocos jefes militares, que debilitó el cuerpo de la Revolución, el racismo tuvo gran incidencia en las posturas capitulacionistas, sobre todo cuando ciertos sectores de la insurrección no podían soportar los éxitos militares y la verticalidad ideológica de Maceo, y prefirieron no sólo entenderse con Martínez Campos, sino además promover la idea de la desertión entre los correligionarios (Ibarra, 2008, p. 128)

Al Zanjón se llegó, por tanto, no por las victorias militares de España, que nunca fueron tantas ni tan importantes como las que los cubanos alcanzaron sobre sus huestes. El Zanjón fue el resultado de nuestras divisiones internas, y su firma en febrero del 78 fue

una consecuencia de un proceso que ya en el 77 se manifestaba en acciones francamente desmovilizadoras.

Maceo no va al suicidio de Baraguá, pues estaba convencido de que con el concurso de otros jefes mambises, la lucha podía continuar y alcanzar la independencia y la abolición de la esclavitud. Para él, aceptar esa paz deshonrosa equivalía a traicionar la sangre heroicamente derramada: “¿Qué dirán ahora mis subalternos? Mis hermanos, unos inutilizados, los otros heridos, ¿qué dirán? ¡Y los demás heridos (...) El teniente coronel Laffite, mi buen compañero, muerto el día 1º! ¡El comandante Elías Pérez que cayó el día 7! ¡Y yo, que tengo todo el pecho sembrado de balas españolas!” (Franco, 1973, t. 1, p. 127)

Sabía que si España se aferraba a la idea de la pacificación —con todas las erogaciones que ésta significaría— y hacía todo lo posible por lograrla, era porque estaba consciente de la incapacidad de su ejército colonial para someter a los cubanos por las armas. Según Félix Figueredo, Maceo le explicaba: “¿No comprende usted, amigo Figueredo, (...) que cuando el general Martínez Campos propone o acepta una transacción, un arreglo, ha sido porque, con su experiencia de lo que es esta guerra, estaba convencido de que nunca nos vencería por medio de las armas?” (Franco, 1973, t. 1, p. 127)

La entrevista con Martínez Campos, del 15 de marzo en los Mangos de Baraguá, quiso ser aprovechada por algunos, dentro de las filas insurrectas, para atentar contra la vida de Arsenio Martínez Campos, suponiendo que, de esa manera, se allanaría el camino hacia la independencia. La respuesta de Maceo a esa cobardía desborda honor:

Desde que me encontraba herido en Loma de Bío, se me dijo que el general Díaz, el jefe de esa brigada y otros tenían el plan de mandar asesinar a Martínez Campos, y que al efecto tenían hombres pagados para llevar la empresa a cabo (...) llenóme de indignación cuando lo supe, y le dije que el hombre que expone el pecho a las balas y que puede en el campo de batalla matar a su contrario, no apela a la traición y a la infamia asesinándole, y que aquéllos que quisiesen proceder mal con ese señor, tendrían que pisotear mi cadáver: no quiero libertad, si unida a ella va la deshonra (Scehi, 1998, t.1, p. 77)

Por alguna circunstancia, esta carta de Maceo fue a parar a manos de los españoles. Al conocer de ella, Martínez Campos le escribió a Maceo:

La casualidad ha hecho que caiga en mi poder una carta que usted dirigió al señor Flor Crombet, y los sentimientos caballerescos que en ella manifiesta usted, anatematizando un proyecto contra mí, me ha impresionado vivamente, y

desearía tener la ocasión de estrechar la mano de usted como amigo, pues que ha sido un enemigo leal (Franco, 1973, t. 1, p. 155)

La respuesta de Maceo (fechada el 6 de mayo) a tan galante misiva del español, desborda en dignidad:

He sentido infinito que ese escrito llegase a poder de Ud., y sobre todo porque se me ocurre la idea de que alguien pueda presumir que quiero justificarme después de haber hecho la guerra al gobierno que Ud. representa en Cuba, cosa que jamás haré con mis contrarios, siendo así que hoy mismo me siento atormentado con la orden que he recibido de marchar al extranjero, la que obedezco porque, como soldado, estoy atado al poste del deber, sin que por esto se comprenda que abjuro de los principios que hasta hoy he defendido (Scehi, 1998, t.1, p. 89)

En la entrevista de Baraguá Maceo rechazó los intentos de Martínez Campos para convencerlo de que aceptase el acuerdo del Zanjón. Este espurio armisticio, como ya fue dicho, entraba en irreconciliable contradicción con la ideología del Titán de Bronce.

No ha sido, pensamos nosotros, bien entendida la significación política de la Constitución y del gobierno formado después de Baraguá. La Constitución, en apenas seis artículos, iba al encuentro de lo estrictamente necesario en ese momento crítico de la Revolución: se legitimaba un gobierno muy simple (sólo cuatro personas, a diferencia del complejo e inútil gobierno surgido en Guáimaro), se proscribía la posibilidad de que se firmase la paz sin independencia y sin el consentimiento popular, y se declaraban en vigor las leyes de la República en tanto no entraran en contradicción con la situación de la guerra en ese momento. De esta suerte, un grupo de militares, con Maceo al frente, demuestra ante la historia de Cuba que usar un uniforme no impide adoptar posturas de marcado sabor republicano ni ejecutar acciones de signo democrático. La redacción y aprobación de la Constitución de Baraguá, entonces, estuvo por encima del contrapunteo poder civil-poder militar que aquejó a la Guerra Grande. Le es completamente ajeno.

Por todo lo anterior, Baraguá —la entrevista del 15 de marzo de 1878 y todo lo que la antecedió y lo que de ella se derivó, asumidos como un proceso único—expresa el predominio de los sectores más radicales del mambisado y de las posiciones más revolucionarias, de las que Antonio Maceo fue su más excelso promotor.

A la vista de la difícil situación que amenazaba caer sobre los hombres de Baraguá, en la que todo el ejército español caería sobre los pocos insurrectos en armas en Oriente, el Gobierno, a instancias de Félix Figueredo, propone a Maceo que viaje a Jamaica y a los Estados Unidos, a fin de recabar apoyo de los emigrados. Cuando se le comunicó al general Antonio la decisión, su respuesta fue la siguiente, reveladora, a la vez, de su disciplina y de su decisión de resistir:

Obedeceré cualquier orden del Gobierno, siempre que este se comprometa conmigo, caso de que abandone el campo, a esperar mi vuelta o a no capitular sin que yo haya expuesto la situación y las esperanzas que para la continuación de la lucha nos ofrezcan las emigraciones (Franco, 1973, t. 1, p. 307)

Años más tarde, Maceo recordará estos momentos, en carta aclaratoria a Enrique Trujillo:

Yo no accedí al Pacto [del Zanjón] ni a la situación angustiosa de aquellos días fatales. Salí al extranjero, y no me avergüenzo confesarlo, engañado por mis amigos y compañeros más queridos, según una carta del doctor Félix Figueredo al general Máximo Gómez, que conduje sin saberlo a Jamaica, prefirieron sacarme del país a que pereciera en los campos de Cuba. Ignoro qué otro motivo tuvieron para proceder así (Scehi, 1998, t.1, p. 319)

La salida de Maceo de Cuba, el propio día 9, se produjo por el puerto de Santiago de Cuba, y reunió a un nutrido grupo de personas, que se congregaron para despedirlo, pero el general no quiso entrevistarse con nadie antes de abordar el vapor “*Fernando el Católico*” que lo conduciría a Jamaica.

En Cuba, a decir verdad, la salida de Maceo provocó muchas deserciones en las filas mambisas que aún se mantenían en combate, desconocedoras del objetivo de la gestión que lo llevaba al extranjero. Maceo era ya el líder indiscutible de Oriente. Al faltar él, decaía el ánimo de los luchadores orientales.

Cada día, después de la salida del Titán, se hacía más difícil la resistencia ante el empuje de las armas españolas. De manera que el Gobierno provisional, en Oriente, entendió que, al ser negativos los resultados de la misión dada a Maceo, y a la vista de la penosa situación de las armas cubanas, era llegado el momento de dar por terminada la lucha. Es entonces cuando se acuerda con Martínez Campos el cese de la guerra, en lo que se conoce como el *Convenio de Loma Pelada*.

Terminaba así un ciclo en la vida del Titán, después de nueve años y algo más de seis meses en la manigua redentora.

La Guerra Grande fue la gran escuela de Antonio Maceo. En ella pudo perfeccionar, gracias a una intensa práctica combativa y a la indudable influencia de sus primeros jefes —especialmente Donato Mármol, Máximo Gómez y Calixto García— sus concepciones militares. El ejercicio del mando, en medio de las grandes contradicciones que a lo largo de todo el conflicto cubano-español afectaron al campo insurrecto, le enseñaron a asumir el hecho bélico —especialmente los de connotación estratégica— en estrecha relación de dependencia con los factores políticos de cada momento, y con la línea política general de la Revolución.

En la Revolución iniciada en La Demajagua tuvo que enfrentar, como se explicó oportunamente, embestidas racistas, convites al desorden y a la división, ideas y acciones regionalistas, traiciones y derrotismos. Siempre tuvo, frente a esas calamidades sociopolíticas, una respuesta firme y digna. Su pensamiento asumió firmemente caracteres antirracistas y de profundo amor a la independencia. Adquirió una ética militar basada en la disciplina y la obediencia a las órdenes, el respeto a las instituciones de la Revolución, la unidad de las fuerzas revolucionarias, el rechazo a todas las manifestaciones de regionalismo, sediciones, falta de fe en el pueblo cubano. Practicó, e impuso a sus subordinados, la práctica del más puro humanismo, lo que equivalía al cuidado irrestricto a la integridad —física y moral— de la población civil, el respeto a la vida de los heridos de guerra de cualquier bando, la templanza en la imposición de castigos ante faltas cometidas.

Al valorar las causas del fracaso de esta guerra, escribió con mucho acierto:

Se busca con afán, al verdadero culpable de nuestra caída, y algunos la han encontrado en los llamados motines militares y en los llamados movimientos políticos (...) pero dígame lo que se quiera, todos fuimos culpables. Era un mal que hacía tiempo reinaba entre nosotros, sin que un alma piadosa le cortara la cabeza a la serpiente, que nos devoraba con su aliento (Scehi, 1998, t.1, p. 98)

El Héroe de Baraguá, sobre todo, supo sacar de esta contienda heroica las experiencias que, en el 95, le impusieron la misión de luchar, desde los inicios mismos de la guerra, para evitar que tomaran fuerza los errores del 68 y se convirtieran —como había acontecido en estos casi diez años de sacrificios— en el principal enemigo de la Revolución, más peligroso que el propio ejército español. Impedir desde temprano que tomara cuerpo ese cáncer que el historiador Joel James definió como nuestro *contra sí*.

A lo largo de la guerra, Maceo fue completando, gracias a su disciplinado autodidactismo, su cultura general. Supo atraer, con el magnetismo que emanaba de sus glorias, a hombres de vasto saber, que le asesoraron en el enfrentamiento a las difíciles coyunturas políticas que tuvo que sortear, le pulieron la conversación sin despojarla de su natural ocurrencia y frescor, y le recomendaron las lecturas más idóneas, para las que Maceo siempre encontró tiempo, dentro del agitado y azaroso espacio de la manigua. Entre estos hombres que incidieron en la elevación y perfeccionamiento cultural del general Antonio, cabría destacar a Félix Figueredo —que llegó a ser uno de sus más dilectos amigos—, a Fernando Figueredo, Pablo Beola Almarall y a Pedro Martínez Freire. Este último, en una carta del 13 de enero de 1878, le reconocía el avance en su superación cultural en estos términos: “Yo aplaudo todos los días sus progresos y me alegra porque bien los necesita todo aquel que ocupa altos puestos a fin de que se consiga el engrandecimiento moral de este pueblo” (Torres, 1995, 103)

En fin, la Guerra Grande formó al gran líder que fue Maceo. Emergió de ella como el más carismático de los jefes militares y, en lo sucesivo, fue figura imprescindible en cualquier intento de insurreccionar nuevamente al país contra el colonialismo. Cuando menos, Oriente siempre esperaba a *su* general Maceo. Sin él, sería muy difícil levantar a Oriente, y decir Oriente era decir el alma y la salvación de las guerras de independencia.

**Referencias Bibliográficas**

1. Franco Ferrán, José Luciano (1973): *Antonio Maceo, apuntes para una historia de su vida*, La Habana: Ciencias Sociales.
2. Gómez, Máximo (1968): *Diario de Campaña*, La Habana: Instituto del Libro.
3. Ibarra, Jorge (2008). *Encrucijadas de la guerra prolongada*, Santiago de Cuba: Oriente.
4. Marrero, Víctor (1992): *Vicente García. Leyenda y realidad*, La Habana: Ciencias Sociales.
5. Mourlot Mercaderes, Joel N. (2013): *La junta que salvó entonces la joven Revolución del 68*. Tomado de: <http://joelmourlot.blogspot.com/2013/02/lala-junta-que-salvo-entonces-la-joven.html>
6. SCEHI (Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales) (1998): *Antonio Maceo. Ideología política. Cartas y otros documentos*, La Habana: Ciencias Sociales.
7. Sosa Borjas, Zoe (2017): “Antonio Maceo víctima del racismo”, en revista *Caserón*, nº 14.
8. Torres Cuevas, Eduardo (1995): *Antonio Maceo. Las ideas que sostienen el arma*, La Habana: Ciencias Sociales.